

El Concepto de Clase

Por Raymond ARON.

DEL PENSAMIENTO SOCIOLOGICO ACTUAL

LA sociología toma inevitablemente de la lengua común los términos que ella utiliza. Así los recoge cargados de sentidos múltiples, tan diversos de origen como de intenciones. Aun determinados rigurosamente, estos términos guardan siempre, de una manera o de otra, huellas de su origen y raramente pierden toda resonancia extracientífica. El concepto de clase —apenas hay necesidad de subrayarlo— participa de tales equívocos. El hecho de emplearlo —sin hablar de la significación que se le da— parece ya revelador. Categoría central en la sociología marxista, interviene apenas en otras teorías (como en la durkheimiana). Llegaremos tal vez a explicar este hecho, a mostrar por qué toda definición de la palabra implica una elección entre criterios y un juicio sobre la importancia relativa de éstos, y, casi inevitablemente, solidario de un interpretación más vasta de la realidad social.

En el punto de partida, procuremos despejar los problemas decisivos. ¿Cuál es la extensión de la noción de clase? ¿Designa ella una formación social común a todas las sociedades históricas (o a lo menos a un gran número de ellas)? ¿O bien, por el contrario, la clase es propia de las sociedades tipo moderno, occidental, capitalista? Según que se acepte la extensión amplia o la estrecha, la comprensión variará. Los caracteres comunes a las clases de las ciudades antiguas, y de los imperios orientales, de la sociedad feudal o del sistema capitalista son menos numerosos, más abstractos o formales que los caracteres distintivos de las clases sociales de nuestro tiempo (aun la simple comparación de las clases sociales de un país o de clases de diferentes países, obliga a un esfuerzo de discernimiento, de tipificación, si así puede decirse). Una vez elucidados estos dos problemas, podemos considerar el caso más complejo, el más importante para nosotros: la aplicación del concepto de clases a los grupos sociales tan heterogéneos, situados entre el proletariado industrial y la gran burguesía.

Todo el mundo recuerda las frases famosas de Marx en el "*Manifiesto Comunista*": "Toda la historia de la sociedad humana hasta nuestros días, es la historia de la lucha de clases. En las épocas que han precedido a la nuestra, vemos en todas partes a la sociedad ofrecer toda una organización compleja de clases distintas y vemos una jerarquía de rangos sociales múltiples. Estos son, en la antigua Roma, los patricios, los caballeros, la plebe, los esclavos; en la edad media los señores, los vasallos, los maestros-artesanos, los compañeros, los siervos... Estos antagonismos subsisten en la sociedad burguesa moderna, que no ha hecho sino substitir clases nuevas y nuevas posibilidades de opresión, nuevas formas de lucha a las de otro tiempo. Nuestra edad tiene un carácter particular: ha simplificado los antagonismos de clases; la sociedad entera se divide, más y más, en dos grandes clases, directamente opuestas: la burguesía y el proletariado".

Así pues, las oposiciones de clases son de todos los tiempos: sólo la forma que toman en nuestros días es original, originalidad que justifica la voluntad de suprimir radicalmente las contradicciones sociales. El proletario moderno es el esclavo o el siervo de la sociedad industrial. La visión histórica inclina a una voluntad profética que, bajo el nombre de "socialismo científico" realiza la esperanza milenaria. El marxismo utiliza pues el concepto de clase en un sentido universal, pero no olvida, por lo menos implícitamente, su sentido particular: el primero establece la unidad del movimiento histórico, el segundo, subrayando la singularidad de las clases actuales, autoriza la previsión de una sociedad sin clases.

No vamos a discutir aquí ni esta teoría ni tampoco las deficiencias que ella implica. Hemos recordado las fórmulas marxistas con el solo fin de buscar los caracteres comunes de las clases que pertenecen a sociedades de estructura diferente. ¿Cuáles son esos caracteres? Las clases aparecen como subdivisiones en el interior de una formación social más vasta, se disponen jerárquicamente, se reparten las tareas. Negativamente, podrá decirse que las clases sociales no están fundadas ni sobre la religión, ni sobre el parentesco, ni sobre la sangre, ni sobre la tierra, y así se podrá distinguirlas de otros agrupamientos. Es, pues, fácil (podría prolongarse todavía la enumeración precedente) mostrar lo que las clases no son. ¿Pero puede precisarse lo que son?

Remitámonos a los ejemplos de Marx: la heterogeneidad es manifiesta. Las clases superiores no tienen, en todos los casos, la misma actividad. ¿Se identificará al burgués, o más bien al empresario capitalista con el señor, cuando el primero basa en una actividad económica su fortuna y su orgullo, mientras que

éste tiene a la guerra como la única ocupación digna de él? ¿O al proletario moderno con el siervo, el esclavo o el compañero, cuando a diferencia de éstos, aquél es jurídica y prácticamente libre, discute con su patrón las condiciones de su trabajo y a diferencia del compañero, se siente separado del capitalista que con frecuencia apenas conoce? Así, pues, ni el estatuto jurídico de las clases, ni la relación de una a otra, ni la naturaleza (política, económica, religiosa) de la actividad propia de cada una de ellas, ni el fundamento de la autoridad de que goza la clase superior, presentan similitud de una sociedad a otra. En fin, el origen de las distinciones sociales parece igualmente diverso. Frecuentemente se encuentra o se adivina el hecho primero de la conquista, la sumisión de una población a otra; el pueblo conquistador se asegura el monopolio de la violencia y explota este monopolio en el orden económico, tanto como en el orden político.

¿Se dirá que las singularidades deben observarse después de los rasgos comunes? Qué importa, se nos dice, que señores y siervos, patricios y plebeyos, pertenezcan o no a dos razas, a dos nacionalidades, si el sociólogo encuentra en todos los casos el mismo fenómeno esencial: la separación de las clases, grupos relativamente cerrados, de dignidad desigual. Los individuos tienen conciencia ya de participar del prestigio de la clase superior, ya de estar relegados a las clases subordinadas. La situación, la función que confiere el prestigio cambia; las representaciones colectivas que fijan la jerarquía de las clases y de los grupos, permanecen en su misma naturaleza y son las que interesan principalmente al sociólogo.

Sin entrar en una discusión, digamos que, en nuestro sentir, el sociólogo se interesa igualmente por las particularidades. Es menos el hecho de una jerarquía, que la naturaleza, la forma, el origen histórico y social de esa jerarquía lo que interesa. La sola justificación de la opinión contraria sería la identificación profunda de fenómenos superficialmente diferentes. Si, como lo piensa Pareto, se percibe en todas las sociedades la misma posición entre élite y masas, gobernantes y gobernados, explotadores y explotados, entonces se estaría autorizado para acentuar las semejanzas a expensas de las variaciones, para constituir conceptos más psicológicos que históricos, tipos universales de poder y de élites. Si hacemos abstracción de esta teoría, debemos preocuparnos, cada vez que se presente el fenómeno clase, por marcar su carácter distintivo, único método para llegar a la estructura propia de la sociedad considerada.

Pero, se nos objetará todavía: ¿Marx, tanto como Pareto, no reduce las distinciones de clase a un factor único, común a todos los casos, a saber, las relaciones de producción? Tal es, a no dudar, la forma corriente de la teoría marxis-

ta. Pero en los textos de Marx y sobre todo, del Marx joven, el origen esencialmente económico de las clases actuales es subrayado como característico de nuestra sociedad. La disolución de los vínculos sociales, el aislamiento del individuo, preceden y determinan la separación de clases en el interior del capitalismo. La originalidad de éste, a este respecto, no es pues, de ninguna manera desconocida o desdeñada. Es más allá de los "órdenes" o de los "estados" característicos de la sociedad antigua, donde el marxista volvería a encontrar las relaciones de producción como fuente permanente de los antagonismos sociales. En otros términos, es en y por una teoría histórico-sociológica que se prueba la identidad de las estructuras sociales; la descripción comprueba que los rangos o condiciones, siempre jerarquizados, no corresponden, según los épocas, ni a la misma repartición de las funciones, ni a las mismas relaciones de autoridad, ni a las mismas distinciones jurídicas, ni a la misma estabilidad o movilidad social. La desigualdad de los grupos en el interior de unidades más vastas es la regla: las causas y las formas de esta desigualdad varían.

¿Cómo se plantea el problema de las clases en nuestras sociedades? El hecho fundamental nos parece que es la desaparición legal de los rangos y condiciones. La igualdad de los individuos, tan formal e ineficaz como se la suponga, tiene por lo menos como consecuencia la posibilidad jurídica del paso de una clase a otra, sea a través de las generaciones, sea en el curso de una sola existencia. La calidad de burgués no está, como la de noble, ligada a la sangre. A fortiori las clases actuales se alejan de las castas que implican transmisión hereditaria y especialización profesional.

Pero, en otro sentido, es claro que no todas las barreras sociales han caído. La igualdad jurídica facilita, pero no basta para multiplicar ni acelerar la ascensión social: la movilidad social queda en gran parte independiente de las leyes, más influida por las condiciones económicas y los prejuicios colectivos. El prestigio de que gozan los diferentes grupos varía, lo mismo que el valor que cada uno se atribuye o que le es reconocido por los demás; en otros términos, las desigualdades de condiciones subsisten, y subsisten también las desigualdades de fortuna o de rentas, las diferencias en las maneras de vivir o de pensar, en las actividades económicas, y sobre todo, en el sentido de las distinciones sociales. Entonces, la cuestión se plantea en estos términos: ¿en qué signo se reconoce una clase? ¿Una clase se caracteriza por cierto oficio, cierto nivel de rentas, cierta cantidad de fortuna, un lugar en las relaciones de producción, o bien por cierta "mentalidad", cierto estilo de existencia (visible en la distribución de los gastos tanto como en las representaciones comunes), o bien por cierto rango social, o en fin, por

cierta conciencia o voluntad común? ¿Se caracterizará por signos materiales, por la psicología, por el prestigio, la acción o la ideología política?

Nuestra intención no es agregar una definición a las innumerables definiciones que han sido ya propuestas. El lector encontrará una revista de ellas, posiblemente incompleta pero suficiente, en el principio del libro de Geiger (1), quien estudia, sobre todo, a los autores alemanes.

Todavía más: no queremos someterlas a todas a discusión o crítica. Las definiciones son, ante todo, asunto de oportunidad. Se juzgan por su utilidad, por su fecundidad. Nuestra intención, más modesta, de naturaleza diferente, es señalar las condiciones en las cuales se llega a una definición.

Una idea, antes que toda otra cosa, nos parece esencial: los diferentes criterios utilizables y los utilizados de hecho, no concuerdan. En vano se tratará de definir las clases, o incluso los grupos homogéneos, simultáneamente en todos los aspectos. La clase campesina se distingue de la clase obrera ante todo por el género de trabajo y de vida —caracteres que se olvidan o se ponen en un segundo plano cuando se examinan las clases jerarquizadas de las ciudades. Los diferentes oficios gozan de un prestigio irreductible a las retribuciones que les corresponden. El hijo de un burgués, que ha llegado a ser obrero calificado, pasa por haber descendido de clase, pero no el profesor de colegio que frecuentemente tiene un sueldo inferior. Tal pequeño comerciante de los barrios ricos no siente nada de común con el obrero de fábrica. A igualdad de recursos, a la misma situación en el sistema económico, no corresponden necesariamente ni la misma mentalidad, ni la misma tendencia política: proletario y empleado, trabajador manual o intelectual, oficial de artesano y obrero de gran fábrica, obrero agrícola y urbano, son otros tantos tipos sociales diferentes por el trabajo y género de vida, por la conciencia y la ideología, sin relación con las diferencias de fortuna, a pesar de una igual subordinación a los patronos.

Traduzcamos estas observaciones a términos más abstractos. En la diversidad indefinida de los tipos o de los grupos sociales, es en vano intentar establecer, en función de uno o de dos caracteres, una clasificación concreta plenamente satisfactoria. Tradiciones históricas, pretensiones actuales, medio social, hábitos adquiridos; son tantas las influencias que se mezclan a la situación económica (en sentido estricto) que toda simplificación se prestará inevitablemente a objeciones.

¿Quiéere esto decir que es preciso renunciar a toda teoría de las clases? De ninguna manera. Voluntariamente hemos confundido hasta este momento dos tareas:

(1) *Die soziale Schichtung des deutschen Volkes*, Stuttgart, 1932, p. 9-12.

la sociografía de los grupos sociales y la sociología de las clases (1). La determinación precisa de los innumerables grupos representa un trabajo preliminar, que sería indispensable (por más que indefinido, puesto que son numerosos los puntos de vista posibles). Pero una sociología de las clases apunta a otro fin: pretende asir las articulaciones auténticas de la sociedad, los grandes conjuntos en los cuales se organizan los grupos. Dejemos a un lado la sociografía e indiquemos cómo se plantea el problema teórico de las clases.

*
* *
*

Remitámonos, una vez más, a los textos de Marx. Implícitamente encontramos en ellos la distinción que acabamos de hacer entre análisis teórico y descripción concreta. En efecto, si abrimos sus obras históricas: "*El 18 Brumario*", "*La Revolución de 1848 en Alemania*", encontramos enumeraciones variadas y no sistemáticas de clases; aquí Marx opone el capitalismo financiero al capitalismo industrial, allá se extiende largamente sobre los pequeños comerciantes o sobre los pequeños rentistas. En otros términos, él considera los grupos sociales tales como le parece que se separan de hecho en una sociedad particular, en función de comunidad o contradicción de intereses. En cambio, en "*El Capital*", la intención de Marx era, manifiestamente, proceder a una determinación rigurosa de las clases, o, si se quiere, de una teoría de la estructura social del sistema capitalista tan general como la teoría económica de este sistema. El no ha llevado hasta su fin la tentativa. No es imposible, sin embargo, encontrar el movimiento general de la argumentación y apreciar lo bien fundada de ella.

Marx recoge, parece ser, la concepción de Ricardo: distingue las tres fuentes de rendimientos: el suelo, el capital, el trabajo, y ha intentado constituir a los beneficiarios de cada especie de rendimientos en una clase económicamente definida: de ahí la rivalidad de estas clases, impacientes por acrecentar su parte del rendimiento total. Desde entonces, la misma ciencia económica parece confirmar la observación histórica. Ricardo permite poner al día las causas de los hechos observados por los historiadores.

Esta tentativa, de la cual el mismo Marx ha sentido probablemente las dificultades, puesto que no la concluyó, se presta singularmente a la crítica. Desde luego, no podría pasarse directamente de una división pragmática de las típicas fuentes de rendimiento (o de factores de producción) a una división sociológica

(1) Esta distinción es hecha por Th. Geiger en su libro antes citado.

de las clases (1). No sólo no hay homogeneidad —ni material ni psicológica— entre los individuos o los grupos que, en esta interpretación, pertenecerían a la misma clase, sino que aun el mismo individuo pertenecería simultáneamente a varias clases (rendimientos mixtos). Además, la identidad de intereses que se atribuye a los que obtienen sus recursos, sea del trabajo, sea del capital (y todavía faltaría separar el provecho y la retribución del trabajo del empresario) es completamente gratuita. Se sugiere una lucha por la repartición del rendimiento total, en la que cada clase se esfuerza en agrandar su parte. Pero, de la misma manera, se podría mostrar a cada empresario del ramo textil por ejemplo, esforzándose por agrandar la parte que él obtiene del rendimiento global de la industria textil. ¿Por qué la solidaridad de un individuo y de su grupo económico, o de los grupos económicos y de su clase, habría de sobrepasar (y de hecho no sobrepasa siempre) a la concurrencia entre individuos y entre grupos? Los intereses son tan innumerables como los individuos, y no se unifican en intereses de grupos y de clases sino en la medida exacta en que progresa la organización corporativa.

Esta argumentación, es verdad, es superficial. Sería necesario remontarse más alto, hasta una teoría económica, lo cual nos está prohibido en el cuadro de este breve estudio. Sin embargo, querríamos mostrar sobre qué puntos versaría la discusión, sobre qué puntos es posible, en ausencia de una teoría económica, obtener un acuerdo.

Descartemos desde luego la representación vulgar de una repartición que fuera esencialmente distinta de la producción y dependiera de la política, es decir, de la fuerza relativa de las diversas clases. Marxistas y marginalistas refutarían igualmente, aunque con distintos argumentos, tal interpretación. Producción y repartición forman una unidad, puesto que los rendimientos son distribuidos tan luego como los precios de los factores de producción son fijados, puesto que el conjunto de los rendimientos se confunde con el conjunto de los valores producidos. Sin admitir las reglas de la imputación, el marxista que, a partir del valor-trabajo determina el valor de los salarios, reconoce un determinismo propiamente económico de repartición.

Además, el argumento de la proletarianización creciente está muy generalmente abandonado, porque ha sido contradicho por los hechos. La suerte de la clase

(1) M. Perroux, en su introducción al libro de Schumpeter, distingue igualmente el análisis económico —de los rendimientos imputables a los diferentes factores de la producción— del análisis sociológico de la repartición de los rendimientos concretos en una sociedad dada.

obrero ha mejorado. Marx sugería un antagonismo directo entre patronos y obreros, en que el provecho de unos crecía a expensas del salario de los otros. Antagonismo sobresaliente en la primera apariencia, pero que no corresponde a la realidad. Unos y otros tienen un interés (material) primario en la prosperidad económica que todos aprovechan, aunque en proporciones diversas. Este antagonismo puede existir entre individuos, entre grupos limitados, pero no existe, de una manera general, en la escala de las clases. Cuando tales conflictos se desencadenan entre el proletariado y los capitalistas, son otras las clases que pagan los gastos. El aumento de los salarios no alcanza a los provechos, sino a las rentas fijas.

Si estas observaciones son exactas, se explica por qué una teoría *económica* de las clases ha fracasado. Es imposible definir rigurosamente los intereses de clases, cuya contradicción entrañaría la lucha permanente.

¿Marx no habría podido, pues, conciliar las fórmulas agresivas pero vagas del "Manifiesto" con el análisis de "El Capital"? Yo pienso, por el contrario, que esta síntesis era posible. La determinación de las clases no se confunde con la de los tipos de rendimiento, así como la lucha de clases no es *esencialmente* económica. Pero de todos modos la actitud de los grupos en los conflictos económicos se liga estrechamente al lugar que ellos ocupan en el proceso de producción. Desde luego cada grupo, si no es que cada clase, tiene la tendencia a utilizar la influencia de que dispone, para mejorar su situación económica; pide al Estado que modifique las condiciones de la concurrencia desde que éstas varían en su detrimento: derechos de aduana, subvenciones y primas diversas de una parte; prohibición de empresas nuevas, monopolio por otra parte; salario mínimo, limitación de las inmigraciones en fin, corresponden igualmente a una intervención de la política, es decir, de una fuerza y de una voluntad colectiva en las relaciones que, según la teoría económica, deberían estar sometidas a la ley de la libre rivalidad y del cambio. En segundo lugar, hecho igualmente indiscutible, el deseo de transformar el orden social actual se encuentra, ante todo, en los grupos proletarios, a pesar de que los grupos burgueses son en general, a este respecto, conservadores. La lucha de clases sería así un dato positivo en un doble sentido, pero, sea que ella obre sobre la vida económica o que tenga por objeto el destino del sistema mismo, ella es *esencialmente política*.

Según la teoría económica que se adopte, es verdad, esta lucha toma una significación diferente. Un marginalista concibe el sistema económico *en la medida en que está conforme con el esquema ideal que se traza*, como esencialmente justo: la parte atribuida a cada factor de la producción, trabajo o capital, es lo que le corresponde según las reglas del cálculo económico (productividad margi-

nal). No se niega que la realidad no corresponde jamás por entero al esquema que las injusticias no sean posibles, sea que la política modifique la imputación, sea que la repartición anterior de los bienes, debida a la historia, es decir, la mayor parte de las veces a la violencia, implique una excesiva desigualdad. El marxista, por el contrario, encuentra la desigualdad en el corazón mismo del sistema capitalista, puesto que la ley del valor-trabajo reserva al propietario de los medios de producción, sin que ningún daño sea hecho al obrero, el beneficio entero de la plusvalía. La antinomia utilidad marginal y valor-trabajo entraña por tanto, sobre el sistema mismo, un juicio opuesto. El interés del proletariado consistiría, según el marxista, en destruir; según el liberal, en mantener el régimen existente. La lucha contra éste llega a ser, o un reflejo legítimo de defensa o una aberración colectiva. Resorte del movimiento histórico para unos, es para otros el obstáculo para la sociedad verdadera, fundada sobre la división del trabajo y la colaboración pacífica.

La teoría económica de "El Capital" me parece muy criticable. Pero, sociológicamente el hecho de la lucha de clases, bajo la doble forma que hemos indicado, no subsiste menos y es casi inevitable en las sociedades capitalistas, en cuya estructura social se cristaliza. El obrero comprende difícilmente el funcionamiento del sistema: ¿Cómo podría admitir que el beneficio del patrón tiene una función social y que indirectamente él también lo aprovecha? ¿Cómo reconocería él la necesidad de salarios flexibles? ¿Cómo no va a creer que su suerte mejoraría si los instrumentos de producción llegaran a ser propiedad colectiva? El proletariado, separado del resto de la población por sus condiciones de existencia, no reivindica solamente ventajas materiales, sino que frecuentemente se encuentra en rebeldía contra el orden social entero. El movimiento obrero del siglo XIX expresa y significa una reacción contra el capitalismo industrial.

Así, sin conservar la economía de "El Capital", podemos mantener la idea fundamental de la concepción marxista de las clases: los grandes conjuntos en los cuales se distribuyen los grupos sociales y que juegan históricamente un papel decisivo, se caracterizan por un lugar en el sistema económico. En nuestras sociedades la actividad decisiva es la actividad económica, y es ella, la que en gran medida, fija la suerte, el rango de cada quien. Es natural, por tanto, decir: en el capitalismo ideal las divisiones sociales dependen de los factores económicos, es decir, más que de las cifras de los rendimientos o de la calidad del oficio, de las relaciones de producción. Unos poseen los instrumentos de producción; los demás están reducidos a alquilarles su fuerza de trabajo. De estos datos fundamentales se derivan la desigualdad de los rendimientos (y por consecuencia del ahorro privado) y la actitud diferente de las clases respecto al régimen económico.

En este sentido, pues, volvemos a una definición de inspiración marxista. Pero se ve también con qué reservas una definición tal nos parece admisible. Ella no vale sino para una sociedad esquemática; no se deduce de la teoría económica. La clase social es un hecho político o social que tiende a producir la estructura del capitalismo. En fin, el concepto así definido es utilizable en la sociología concreta, pero representa un esquema por llenar, un bosquejo por precisar, no un resultado último o un dogma.

Al mismo tiempo, llegamos a señalar más netamente las relaciones entre análisis y descripción que habíamos opuesto con anterioridad. Una definición teórica de las clases es insuficiente, alejada de lo real por dos razones fundamentales. Por una parte, el capitalismo se ha desenvuelto siempre en un medio histórico dado, adaptado a este medio de tal manera, que la sociedad concreta conserva huellas del régimen anterior (los regímenes se yuxtaponen siempre, al mismo tiempo que se suceden). Que se piense, por ejemplo, en la influencia de las antiguas clases en Alemania, donde jamás los capitalistas han ocupado el primer rango, a menos de penetrar en la nobleza. Por otra parte, incluso en una sociedad sin tradiciones, la clase definida por un lugar en el proceso de producción no se identifica ni con un conjunto socialmente homogéneo, ni por un grupo psicológicamente coherente; aun en la clase obrera se observan desigualdades de ingresos o de rango; el mismo proletariado no tiene siempre conciencia de su unidad, ni de una voluntad común. A fortiori puede decirse lo mismo de las demás clases sociales. La descripción no justifica ni soporta las simplificaciones dogmáticas.

Pero entonces, se dirá, ¿a qué viene el concepto teórico de clase? Trátese de grupos sociales o de conjuntos de grupos (digamos de capa social), se utilizarán criterios variados, eligiendo en cada caso el que parece adaptarse mejor a los conjuntos objetivamente dados. ¿Por qué superponer a estas selecciones empíricas un principio de diferenciación? La respuesta me parece simple: las relaciones, en tanto que no obedecen sino a la elección libre de uno o más caracteres por el sociólogo, pueden multiplicarse sin permitir la aprehensión de la totalidad social, sin autorizar ni la comparación de los países ni la separación de los fenómenos no contemporáneos. Una concepción de la sociedad capitalista interviene desde que se proponen estas tareas propiamente sociológicas. Gracias a ellas, se llega a confrontar los movimientos propios de las diversas unidades sociales, a situarlas en el movimiento general de la historia. En una palabra, una teoría es indispensable para comprender singularidades y regularidades, estructuras y evolución.

*

* *

Tomemos en cuenta estas observaciones a propósito de las clases medias. Todo el mundo reconoce, proclama, la heterogeneidad de los grupos sociales que se clasifican por igual en la clase media. Antiguas y nuevas clases medias, pequeños campesinos y comerciantes, pequeños empresarios e intelectuales, empleados y administradores, artesanos y funcionarios, ¡qué de tipos humanos y sociales, qué de maneras de vivir y de pensar! ¿Desde qué punto de vista se les reúne? ¿Sobre qué caracteres se funda la unidad de esta capa social? El lector encontrará múltiples definiciones, desde la tentativa de M. Halbwachs, que asimila el mundo humano sobre el cual trabaja y en el cual vive la clase media a una materia, hasta las definiciones más banales, independencia, seguridad, mediocridad de los recursos, etc.

A pesar de esta diversidad, parece no obstante que reaparece la noción primera de clase media, a saber, como la de un conjunto intermedio entre proletariado y gran burguesía. Asimismo, la unidad de este conjunto, en último análisis, se reduce a menudo a la lucha en dos frentes: contra el gran capitalismo y contra el proletariado. En otros términos, aun en los ensayos descriptivos, se encuentra el problema planteado por la teoría marxista: ¿qué llegan a ser los grupos que no participan directamente en la lucha de las dos fuerzas rivales? ¿Cuáles son sus lugares, su papel, su actitud? La preocupación por las clases medias ha surgido cuando la sociedad ha sido sacudida y la estructura social puesta en cuestión. Si todos los autores rectifican las profecías esquemáticas sobre la desaparición de las clases medias, todos son tributarios del marxismo en la posición misma del problema. Si se busca una clase media, lo que se ha admitido desde luego, implícitamente, es la existencia de la clase obrera y de la clase burguesa.

Es decir, ¿que todos admitirían, según una de las fórmulas empleadas, que se sabrá lo que es verdaderamente la clase media, cuando se haya establecido el papel de los diferentes grupos que la constituyen, en el proceso de la producción? Subscribirán ellos esta oposición de la realidad y de las apariencias psicológicas o ideológicas? ¿No prestarían, por el contrario a los fenómenos de conciencia, tanta realidad como a la situación económica?, y en fin, ¿no plantearían la cuestión decisiva?: una vez descartadas las simplificaciones y las previsiones dogmáticas, una vez admitida la separación entre la teoría y los datos concretos, queda, para justificar esta teoría, mostrar que ella proporciona el mejor esquema de la sociedad capitalista. La teoría debería salir de la investigación empírica, si no demostrada, por lo menos confirmada.

Limitémonos a una simple observación. La heterogeneidad de las clases medias soporta difícilmente otra unidad que la parcial y abstracta. Es el sociólogo

quien une grupos variados, porque encuentra en ellos tal o cual carácter común. Una clase tal estaría pues, despojada, a lo menos, de uno de los elementos que constituyen la realidad de los conjuntos sociales, puesto que sería inconsciente de sí misma. Pero sucede que estos grupos heterogéneos manifiestan a veces, contra otros grupos, contra ciertos peligros, una comunidad de actitud y de deseos. Una situación análoga entre las clases opuestas brota a veces para hacer nacer cierta solidaridad. En este sentido, la clase media existiría en la medida en que en ella se descubriera una voluntad única. Y en esta misma medida, el uso del término estaría plenamente justificado. La ideología de la clase media contribuiría a crear la unidad que ella pretende expresar.

*

* *

En este breve estudio hemos planteado, más que resuelto, los problemas relativos a la noción de clase. Entre la extensión amplia y la extensión estrecha de la palabra, hemos escogido esta última porque, en el otro caso, la comprensión hubiera llegado a ser tan pobre que no permitiría distinguir la originalidad de un fenómeno históricamente determinado. En cambio, hemos preferido un definición rigurosa y teórica a las definiciones empíricas, inevitablemente pragmáticas y cambiantes. Y es por esto que nosotros hemos sugerido, siguiendo a ciertos sociólogos, la separación de los grupos y de las clases. Estos dos conceptos nos parecen solidarios. Derivan de una misma concepción de la sociología. Esta se interesa más en los conjuntos que en los detalles, o se interesa tanto en las singularidades como en las generalidades. La confusión entre estas dos antítesis mantiene los viejos prejuicios e inclina a desconocer el carácter y la intención históricos de la sociología.

